

LA DEUDA

HARLEY LAROUX



SIREN  BOOKS

LA DEUDA

HARLEY LAROUX

Traducción de
Marta Carrascosa Cano

SIREN  BOOKS

Primera edición: febrero 2026

© *Losers: Part I* by Harley Laroux, 2022

© de la traducción: Marta Carrascosa Cano, 2026

© de la corrección: Isabel Panadero

© de la cubierta: Luciana Bertot (@lulybot)

© de la presente edición: Editorial Siren Books, S.L., 2026

info@sirenbooks.es

<https://sirenbooks.es/>

ISBN: 979-13-87864-16-3

Depósito legal: M-26202-2025

Thema: FRV

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos; www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Advertencia de contenido:

Este libro está dirigido a lectores mayores de edad. Todos los personajes que aparecen aquí tienen más de dieciocho años. Esta novela tiene escenas de contenido sexual explícitas que incluyen fetiches, juegos sexuales y actividades relacionadas con el BDSM. Este libro no debe utilizarse como recurso de educación sexual ni como guía divulgativa sobre sexo o BDSM. Las actividades descritas en esta obra son peligrosas y las escenas que aparecen en ella no pretenden reflejar expectativas realistas de BDSM o actividades fetichistas.

Este libro es una obra ficticia.

En este libro te encontrarás:

Enfermedad mental, trauma, abuso infantil (físico y emocional), humillación corporal (por parte de un padre hacia su hijo adulto), rechazo paterno, acoso escolar, consumo de drogas, casos de homofobia/bifobia, conversaciones sobre el suicidio, violencia gráfica, lenguaje soez, escenas sexuales explícitas, secuencias intensas de BDSM que incluyen: juegos de rol con sexo no consentido consensuado (CNC, degradación y humillación erótica, bondage, electroestimulación, disciplina doméstica, juegos con golpes, cuchillos, fluidos corporales (incluida la sangre), juegos sexuales en público, juegos con dolor, voyerismo y juegos sexuales en los que uno de los participantes hace de mascota.

Se recomienda encarecidamente al lector que tenga esto en cuenta a la hora de continuar con la lectura.

Nota de le autore

Mi querido lector:

Doy por hecho que, si has llegado hasta aquí, ya has leído detenidamente la advertencia de contenido de la página anterior. Si no lo has hecho y te preocupa que el contenido pueda resultarte molesto, te recomiendo encarecidamente que te tomes un momento para volver atrás y leerla.

Escribir la bilogía Losers ha sido una experiencia increíble, pero también me ha exigido volcar en estas páginas mucho dolor, trauma y rabia. Me cuesta muchísimo escribir sobre temas como la homofobia y la bifobia, el abuso y el rechazo familiar, por lo que entiendo lo difíciles que son de leer, sobre todo para quienes han vivido estas experiencias en primera persona. Aunque he hecho todo lo posible por ser minucioso en las advertencias, igual que yo mismo tengo ciertos límites, no todo puede incluirse en una lista. Si tienes alguna pregunta sobre algún contenido en concreto, te invito a ponerte en contacto conmigo.

Una última cosa antes de que sigas adelante: si este libro te inspira a explorar el mundo del BDSM y el intercambio de poderes, no me cansaré de insistir en que, si quieres aprender más, busques recursos educativos y de no ficción. Muchas de las actividades sexuales descritas en este libro conllevan un riesgo significativo de lesiones físicas, y aunque a todos nos encanta la ficción guarra (a ver..., por eso estás leyendo esto, ¿no?), lo que NO nos gusta es que la gente resulte herida por adentrarse en las profundidades del BDSM sin dedicar tiempo a aprender. Así que sé consciente de los riesgos, sé responsable y haz lo que tengas que hacer por ti y por tu pareja o parejas.

¡Ahora, pasemos a la parte divertida!

¡Que disfrutes de la lectura!

HARLEY

*A los perdedores, a los frikis y a los marginados.
Seguid persiguiendo amaneceres.*

1

JESSICA

INSTITUTO, ÚLTIMO AÑO

—Voy a dejar algo claro: la única forma de la que Manson Reed va a salir de este instituto mañana es en una camilla, ¿entendido?

Los chicos reunidos alrededor del Ford Raptor rojo de Kyle asintieron con la cabeza. El aparcamiento estaba casi desierto; ni siquiera estaba el Mercedes del director. Si hubiera sido cualquier otro grupo de cinco chicos merodeando por el aparcamiento pasado el horario escolar, el de seguridad ya los habría echado. Pero se trataba del *quarterback*, Kyle Bolson, y sus compañeros de equipo, y ellos no podían hacer nada malo.

Salvo que sí podían; ya lo habían hecho antes y volverían a hacerlo. Y esta vez, la culpa era toda mía.

—Solo fue un beso, Kyle —murmuré, asomándome por la ventanilla del copiloto.

Llevaba puesto mi uniforme de animadora y, a pesar del aire fresco del otoño, tenía la piel pegajosa por el sudor del entrenamiento. Habíamos estado discutiendo antes y él me había enfadado tanto que solté lo único que sabía que le haría daño: había besado a Manson Reed, el marginado del instituto, el friki, el chico al que todos odiaban.

—Me la suda —dijo Kyle negando con firmeza. Agarraba la carrocería de la camioneta como si quisiera partir el metal y tenía los dientes

apretados y los hombros anchos rígidos por la tensión—. A no ser que me estés diciendo que lo disfrutaste, Jessica.

Resoplé y me recosté en el asiento con los brazos cruzados, mirando fijamente al frente.

No había forma de razonar con Kyle cuando se ponía así. Y no me atreví a decirle la verdad: sí que lo había disfrutado. Lo había deseado. Manson nunca me habría tocado si hubiera pensado que yo no quería. Nunca me habría besado si yo no lo hubiera besado primero.

Pero admitir lo que había hecho —lo que *habíamos* hecho— era un suicidio social. Se me había escapado delante de Kyle porque estaba muy enfadada, porque me había dejado por Veronica Mills solo para volver conmigo un mes después. ¿Qué mejor manera de hacerle daño que decirle que había besado al chico que llevaba acosando sin piedad desde primero?

Los amigos de Kyle se dispersaron, él se subió a la camioneta y arrancó. El motor rugió cuando aceleramos, levantando las hojas caídas a nuestro paso mientras me llevaba a casa. Estaba agarrando el móvil con tanta fuerza que me dolían los dedos y tenía los nudillos blancos.

Kyle era la estrella del equipo de fútbol americano del instituto Wickeston, el chico ideal, guapo y popular. Mi madre lo adoraba y sus padres pensaban que estábamos hechos el uno para el otro y que nos casaríamos nada más graduarnos. La idea me aterrorizaba. Detrás de esos ojos azules y esa sonrisa encantadora, Kyle era temperamental, celoso y propenso a los ataques de ira, lo que nos hacía gritarnos el uno al otro durante horas.

Además, era un puto infiel.

—Por el amor de Dios, ¿quieres dejar de estar de mal humor? —espetó, agarrando el volante como si quisiera estrangularlo; o como si se estuviera imaginando estrangulando a otra persona.

—No puedes seguir haciendo estas cosas —intenté razonar—. Tienes dieciocho años. Tienes una beca. Si acabas con cargos por agresión, lo echarás todo a perder.

—Reed también tiene dieciocho años, ¿no?

Así era. Su cumpleaños había sido solo un mes antes, el once de octubre. Pero no iba a cabrear más a Kyle diciéndole que sabía cuándo era el cumpleaños de Manson.

Esbozó una sonrisa burlona ante mi silencio.

—Además, ¿de verdad crees que tendrá apoyo en un juicio? ¿Quién lo apoyaría, Jessica? ¿Crees que la vieja de ese monstruo se mantendrá sobria el tiempo suficiente como para preocuparse de si está muerto en alguna cuneta? —Se echó a reír, como si fuera el mejor chiste que hubiera oído nunca—. Si no tiene que mantener al bastardo de su hijo, tendrá más dinero para beber. Me parece que sale ganando.

Se me revolvió el estómago. Mantuve los brazos cruzados para que no viera cómo temblaban. Cuando extendió la mano y me agarró la pierna, lo único que quería hacer era darle un puñetazo en la cara.

—Estoy defendiendo tu honor, Jess —dijo—. Ese friki flacucho no se va a salir con la suya.

Como si supiera algo sobre el honor.

Mi madre estaba en la cocina cuando llegué a casa. Un aroma a ajo y parmesano impregnaba toda la casa. Me dijo algo mientras subía las escaleras corriendo, pero no pude responderle. El tiempo apremiaba.

Tenía que avisar a Manson.

No me molesté en ducharme; solo me cambié el uniforme negro y plateado por unos vaqueros y una sudadera con capucha. Mi padre asomó la cabeza desde el comedor cuando bajé corriendo por las escaleras, con la mochila rebotándome sobre un hombro, mientras me dirigía hacia la puerta.

—¿A qué viene tanta prisa, cielo? —preguntó, con el ceño fruncido por la preocupación—. Tu madre acaba de preparar la cena. ¿No quieres quedarte a cenar con nosotros?

—Esta noche no puedo. ¡Lo siento, papá! Le prometí a Ashley que la ayudaría con un trabajo —grité mientras salía por la puerta.

No sé si notó la tensión en mi voz. Mi padre nunca había sido muy perspicaz. Su cabeza funcionaba mejor con los números y las hojas de cálculo, donde todo tenía sentido y seguía una secuencia lógica.

Mi BMW aún conservaba ese olor a coche nuevo y el motor ronroneó con suavidad cuando aceleré por las oscuras carreteras rurales. Había sido un regalo de cumpleaños de mis padres, me lo dieron justo antes de que empezara el semestre. Blanco por fuera y con los asientos de cuero rojo. Era el coche de mis sueños. Un símbolo más de estatus para llevar la cabeza un poco más alta cuando caminaba por los pasillos del instituto Wickeston.

Kyle y yo éramos los reyes de ese instituto. El *quarterback* estrella y la capitana de las animadoras, la pareja perfecta. La envidia y el deseo nos seguían como una nube. Tanto los que nos odiaban como los que querían ser como nosotros no podían hablar de otra cosa. Cada día era una nueva dosis de drama, un frenesí que alimentaba el ego en el que los que lo tenían todo se burlaban de los que no.

No es que no fuera consciente de ello. Podía mirarme al espejo y señalar cada uno de mis defectos, reírme de ellos y seguir adelante. ¿Por qué preocuparse? ¿Por qué cambiar? Tenía todo lo que se suponía que debía desear.

Pero nuestro romance celestial podía convertirse en un infierno en un abrir y cerrar de ojos. Cuando el rey y la reina discutían, los peones eran sacrificados.

Esta vez no. Esta vez tenía que ser diferente.

Primero pasé despacito por delante de la casa de los padres de Manson, escudriñando el patio cubierto de basura en busca de su Bronco tuneado. Me alegró no verlo allí. Si avisarlo significaba acercarme a esa gran casa en ruinas y ver a uno de sus padres, no creía que pudiera hacerlo. Su padre me daba escalofríos.

Esperaba que mi próximo destino fuera el correcto. Los neumáticos de mi coche crujieron entre la maleza cuando aparqué junto al terreno vacío, situado al final de un camino de tierra oculto por los árboles. La casa que una vez ocupó ese terreno se había quemado hacía años,

dejando solo una estructura carbonizada y unos cimientos de hormigón. La esperanza se mezcló con la ansiedad que sentía en el pecho cuando vi dos vehículos allí aparcados: un Ford Bronco gris sucio de neumáticos enormes y un Chevrolet El Camino negro azabache.

Respiré hondo y despacio. El Bronco significaba que Manson estaba allí, lo cual era un alivio. Pero el Chevrolet El Camino indicaba que Lucas estaba con él, lo que probablemente significaba que Vincent y Jason también estaban allí.

El grupo de raritos al completo y yo, la chica que los había atormentado a conciencia todos los años que llevábamos en el instituto.

Rebusqué en mi bolso hasta que encontré un chicle y lo mastiqué con fuerza. Quizá eso me ayudara a controlar mi lengua cuando subiera hasta allí. No me llevaba bien con ninguno de esos chicos. Era sencillo: ellos me odiaban y yo los despreciaba. Esa era la jerarquía. Sí, me había liado con Manson y había tenido algunos encuentros *muuy* cercanos con los otros, pero eso no significaba que nos lleváramos bien.

Tampoco significaba que quisiera que Manson cayera directo en la emboscada que le esperaba mañana.

Cerré la puerta del coche de un portazo y me metí las manos en los bolsillos de la sudadera mientras caminaba por la maleza hacia la parte de atrás de la casa calcinada. El aire nocturno olía a humo de hoguera y a marihuana agria. El ruido de los monopatines golpeando el cemento resonó en mis oídos cuando rodeé la casa y vi la piscina vacía en la que a los chicos les gustaba patinar. Las paredes de hormigón estaban cubiertas de grafitis y la zona solo estaba iluminada por las hogueras que habían encendido en dos grandes bidones de metal.

Vincent Volkov fue el primero en verme. Estaba sentado con las piernas cruzadas sobre los ladrillos grises de un viejo muro. El porro se le cayó de la boca cuando me vio. No dijo nada mientras el humo se enroscaba lentamente en sus labios, envolviendo su rostro y su pelo largo y revuelto.

Fue Jason Roth quien delató mi llegada. Siempre había sido el chico tranquilo, el bueno. Pero su vida se había derrumbado ese verano, cuando

corrió el rumor de que Vincent y él estaban saliendo. No debería haberle importado a nadie, pero, por desgracia, en Wickeston había mucha gente estirada que se escandalizaba solo de pensar que dos hombres pudieran estar juntos. Incluida la familia del propio Jason.

Algunos decían que sus padres lo habían echado de casa, otros que él se había emancipado. Independientemente de cuál fuera la verdad, el último año de instituto Jason había aparecido con el pelo medio rapado, teñido de un azul eléctrico y los lóbulos de las orejas estirados con unas grandes dilataciones negras. Su nueva apariencia parecía un enorme corte de mangas a todos los que habían intentado avergonzarle.

—Joder.

Los ojos azules de Jason se posaron en mí con un odio helado. No me atreví a dar otro paso hacia la piscina. Tenía el portátil abierto y estaba reproduciendo *Awful Things* de Lil Peep en unos altavoces que vibraban con el sonido, pero lo cerró de golpe, cortando la música. Se oyó el chirrido de unas ruedas de poliuretano y Manson salió de la piscina, con Lucas justo detrás de él.

—¿Qué cojones haces aquí, Jess? —preguntó Manson con su voz grave, un barítono cruel tan oscuro como la banda negra que tenía tatuada en un brazo.

Normalmente se peinaba el pelo en una cresta para ir al instituto, pero esa noche llevaba su melena oscura suelta.

—Te estaba buscando —respondí, como si no fuera ya obvio.

No quería quedarme en la oscuridad con ellos más tiempo del necesario. Tenía poder a la luz del día, en los pasillos iluminados con luces fluorescentes del instituto, donde mi estatus y el respaldo de Kyle daban peso a mis palabras. Pero este era su territorio. No era tan estúpida como para pensar que aquí estaba en igualdad de condiciones; sobre todo con Lucas mirándome como si sus ojos oscuros pudieran hacer que ardiera en llamas. La única sonrisa que jamás adornaría su rostro era la cara sonriente que llevaba tatuada bajo el ojo derecho. Tenía los puños cerrados y las manos llenas de cicatrices por las peleas que le habían llevado a la suspensión una y otra vez y, al final, a la expulsión.

—Kyle quiere venganza, Manson —solté de repente, pero su expresión no cambió, parecía espectral bajo la luz titilante del fuego; las llamas hacían más pronunciados sus pómulos y su mandíbula más afilada—. Se ha enterado.

—¿Se ha enterado o se lo has contado tú?

Solo el cambio en la respiración de Manson delató su miedo. Sabía qué aspecto adoptaba cuando tenía miedo, o cuando estaba nervioso o enfadado. Su taquilla estaba justo al lado de la mía y había pasado suficiente tiempo provocándolo como para reconocer cada una de sus emociones.

—Da igual cómo se haya enterado —respondí cruzándome de brazos y masticando el chicle más rápido a medida que aumentaba mi nerviosismo, mientras veía cómo Vincent saltaba de la pared y se colocaba junto a Jason, calándose aún más el gorro negro en la cabeza—. No vayas al instituto mañana. Dale tiempo para que se calme.

Manson se rio con amargura.

—No vamos a seguir aguantando las rabietas de tu novio.

Levanté las manos con exasperación.

—¡Te estás metiendo en una trampa mortal, Manson! ¡Quiere hacerte daño!

—Kyle se va a llevar una sorpresa —intervino Lucas, y su voz me provocó un escalofrío—. Si se cree que va a tocar a mi chico... —Sacudió la cabeza lentamente—. Eso no va a volver a pasar.

—Tienes prohibido entrar en el recinto escolar —le recordé—. ¿Qué crees que puedes hacer?

No me respondió, sino que me lanzó una mirada que habría podido cortar el hielo. La actitud tranquila de Manson era inquietante y espeluznante, pero Lucas era monstruoso. Todo en él estaba hecho para la violencia; su cuerpo delgado, moldeado por años de peleas con su padre y con cualquiera que se atreviera a cruzarse en su camino.

Manson te esperaba en la oscuridad y nunca lo veías venir, mientras que Lucas llegaba a plena luz del día, rompía las ventanas de tu casa y le prendía fuego.

—Bien —espeté—. Arregláros las vosotras solitas.

Me volví para irme, echándome el pelo rubio por encima del hombro, pero alguien me agarró del brazo y tiró de mí hacia atrás.

Manson me atrajo hacia su pecho, cálido en la fría noche. Olía a tabaco y a algo profundo y oscuro, un enigma de hormonas y rabia. Sentí un calor que me subió desde las entrañas hasta las mejillas.

Aquel día cuando nos besamos, sabía a chicle de menta y a tabaco. Me pareció corrupto, un pecado. Me había rodeado el cuello con la mano, apretando mientras me besaba. Desde entonces no había podido quitarme de la cabeza la sensación de sus dedos clavándose en mi piel.

Quería volver a sentirlo, con más fuerza. Quería desgarrar su maldad y absorberla por completo. Quería montarme en este hombre como si fuera una maldita montaña rusa y luego llevarme también a sus amigos a dar una vuelta.

Pero se suponía que una chica como yo no debía estar con chicos como ellos.

—¿Qué le dijiste? —preguntó Manson en voz baja.

No había ira en su voz, pero la pregunta pendía de un hilo peligrosamente fino.

Apreté los labios. Le había hecho prometer que no lo contaría, pero había sido yo la que había traicionado nuestro secreto. Todo por una ridícula pelea con Kyle.

Negué con la cabeza.

—No mentí.

—¿Estás segura? —Bajó aún más la voz, a un susurro que dejó justo en mi oído mientras me lo rozaba con los labios—. Tú lo deseabas tanto como yo. No vayas diciendo putas mentiras sobre mí.

Me soltó y, como no retrocedí de inmediato, amplió la distancia entre nosotros. El frío repentino me hizo temblar y, sin decir nada más, regresé al coche. Los pelos de la nuca se me erizaron mientras me observaban alejarme.

Había hecho todo lo que podía. Le había avisado y eso era más de lo que la mayoría de la gente habría hecho. Lo que pasara ahora no era

asunto mío. Si Manson se mantenía alejado como le había pedido, Kyle acabaría calmándose y superándolo.

Arranqué el motor y subí la calefacción, intentando ahuyentar el frío que sentía en las manos.

Aún podía notar el calor de Manson en mi pecho. Ese bicho raro. Ese monstruo. ¿Cómo había conseguido ocupar un sitio permanente en mis pensamientos? Se suponía que todos ellos estaban por debajo de mí, más abajo que un chicle en mi zapato. En cambio, estaba obsesionada, era como si no pudiera parar. No podía dejar de mirarlos, de burlarme de ellos, de buscarlos...

No podía dejar de desearlos.

—Contrólate, Jessica —me dije, abrochándome el cinturón de seguridad.

Eché un vistazo al espejo lateral antes de poner el coche en marcha...

Y grité al ver a Lucas asomándose por la ventanilla.

—¿Qué demonios estás haciendo? —le espeté bajando la ventanilla sin pensar, pero enseguida me di cuenta de que había sido un error al ver cómo se agarraba al borde de la puerta—. Muévete, Lucas, en serio.

—Tú no me dices lo que tengo que hacer.

Su voz era más afilada que el filo de un cuchillo. Me quedé con la boca abierta por la sorpresa, pero la ira en su rostro era sofocante.

—Sabes que esta vez has ido demasiado lejos, Jessica. Lo sabes muy bien. —Se inclinó hacia mí y todo mi cuerpo se tensó al mirarlo fijamente—. ¿Creías que tenías que avisar a Manson? ¿Qué tal si avisas a ese cabrón para el que abres las piernas? Avísale de que lo pagará caro si vuelve a meterse con alguno de mis chicos.

Su cara estaba muy cerca de la mía, pero no me tocó. Lucas nunca me había tocado. Bastaba con su mirada: cómo se deslizaba sobre mi piel con la misma dureza que unos dientes o unas uñas.

—Si te metes con uno de nosotros, te metes con todos.

Entonces, tan rápido que apenas me di cuenta de lo que estaba pasando, me sacó el chicle de la boca abierta; el roce de sus dedos en mis labios fue como una descarga eléctrica. Se lo metió en la boca y,

esbozando por primera vez una sonrisa maliciosa en su rostro aterrador, hizo un saludo militar con dos dedos para despedirse de mí y se alejó del coche.

Masticó el chicle, haciendo una pompa que estalló como un petardo.

—Piérdete, Jessica —se despidió.

El miedo me invadió cuando llegué al instituto a la mañana siguiente. Manson ni siquiera me miró mientras metía los libros en su taquilla, por mucho que yo intentara llamar su atención.

—Manson, vete a casa. Por favor —solté al final.

—Ahórratelo, Jess.

Cerró la taquilla de un portazo y se colgó la mochila raída al hombro. Llevaba la cresta en punta, como una columna vertebral rígida sobre su cabeza rapada. Vestía los mismos vaqueros rajados de siempre, las mismas botas de cuero desgastadas y la misma chaqueta vaquera.

—No empieces a fingir que te importa. Ser una zorra te queda mejor.

Me dio la espalda y se alejó por el pasillo.

Normalmente mantenía la cabeza gacha y los hombros encogidos, como para parecer un blanco más pequeño. Pero hoy había algo distinto. Llevaba la cabeza alta y sus largas zancadas eran agresivas.

Intentar enfrentarse a Kyle solo empeoraría las cosas.

Dudé ante mi taquilla, con la culpa devorándome las entrañas mientras Manson entraba en el baño de los chicos.

Cerrando la taquilla con un clic, me dije a mí misma que no importaba.

—Vaya, hoy hay mucha tensión por aquí, ¿no? —Mi mejor amiga y compañera de las animadoras, Ashley García, se abrió paso entre la multitud para ponerse a mi lado—. ¿Has visto ya a Kyle?

—No. —Tenía la boca seca y no sabía qué hacer con las manos. Dios, todo este estrés iba a provocarme urticaria—. ¿Llevas la petaca?

—Pues claro, tía.

Metió la mano en su bolso y sacó su petaca, que era una botella de agua llena de vodka y gaseosa. Di un buen trago, con la esperanza de que me calmara los nervios.

Se la devolví cuando vi que Kyle se acercaba, flanqueado por tres de sus amigos. Alex, Nate y Matthew formaban parte del grupo de deportistas y seguían a Kyle como perros leales. Le saludé con la mejor sonrisa que pude esbozar, que no fue muy buena, me quedó fría y artificial. Pero en lugar de acompañarme a clase, Kyle y dos de sus amigos entraron en el baño. Nate, un defensa del tamaño de un oso, se quedó fuera con los brazos cruzados. El mensaje era claro.

Prohibida la entrada. Kyle necesitaba privacidad.

Se me cayó el alma a los pies. Tenía que hacer algo, tenía que decirselo a alguien. Llamar al director, a un profesor, al guardia de seguridad, a quien fuera.

Pero me quedé allí parada.

Alguien me rozó el brazo, y Ashley y yo nos giramos para encontrarnos a Vincent de pie a mi lado. Estiró los brazos por encima de la cabeza con un quejido perezoso antes de meterse las manos en los bolsillos delanteros de su sudadera con capucha.

—Uf. —Ashley apartó la mirada, con el labio fruncido en señal de disgusto—. Volkov.

—García —respondió él con la misma amabilidad.

—¿Has matado algún animalito últimamente? —le espetó ella.

—Solo a una ardilla, me bebí su sangre anoche para cenar.

—Dios, cállate la boca. —Me volví hacia él y señalé el baño con el brazo—. ¿No vas a ayudarlo? ¿O estás tan drogado que no te importa que tu mejor amigo se vaya a casa en un ataúd?

Vincent se rio entre dientes.

—¿Crees que Manson no puede valerse por sí mismo?

—¡Creo que son tres contra uno, idiota! —Le di un empujón y mis uñas acrílicas rosas se le clavaron en la piel—. ¡Kyle nunca ha tenido problemas para ganarle en un uno contra uno, y mucho menos con sus amigos!

—Como si alguna vez te hubiera importado. —La expresión de Vincent ya no era tan perezosa, era una sonrisa amarga que se le quedó colgando del rostro—. No creo que esto sea ya asunto tuyo, Jess.

Se escuchó un grito desde el interior del baño, seguido de un golpe tan fuerte que me pregunté si Kyle habría arrancado de cuajo una de las puertas metálicas de los cubículos. Los estudiantes miraron a su alrededor confundidos y algunos se acercaron al baño, pero mantuvieron la distancia con Nate. Sacaron sus móviles, ansiosos por grabar el último drama.

A nadie le importaba lo suficiente como para interferir. Era entretenimiento, otra oportunidad para subir un buen vídeo de una pelea y acumular visitas. Si alguien resultaba herido, mejor aún; una lesión podía hacer que un vídeo se volviera viral más rápido que cualquier otra cosa.

La puerta del baño se abrió de golpe y Nate estuvo a punto de caer hacia delante entre la multitud cuando Kyle salió tambaleándose. Tenía los ojos muy abiertos y la gente se apartó a toda prisa para dejarle pasar mientras él jadeaba y señalaba con el dedo de forma acusadora hacia el baño. Alex y Matthew salieron corriendo tras él.

—¡Un cuchillo! —gritó—. ¡Reed tiene un cuchillo!

Se desató el caos al instante.

De repente, aparecieron los profesores, gritando a la gente que se apartara. También aparecieron dos guardias de seguridad, nerviosos y con la cara roja, mientras Kyle seguía balbuceando.

—¡Ha intentado apuñalarme! ¡Ha intentado apuñalarme, joder!

Me tapé la boca, sorprendida, mientras la multitud nos empujaba a Vincent, Ashley y a mí contra las taquillas.

—Hostia puta.

Ashley estaba sin aliento, incrédula.

—No debería haber llegado a eso —dijo Vincent, con el rostro sombrío y la voz apenas perceptible en medio del caos.

La culpa me carcomía como una bestia intentando trepar por mi esófago, retorciéndose y royéndome por dentro. La aplasté bajo mi orgullo y mi confianza ciega.

Los guardias de seguridad salieron del baño, agarrando a Manson. Lo sujetaban con fuerza por los brazos, guiándolo a través de la multitud mientras los estudiantes intentaban sacarle fotos. Él no se resistió y no tenía más heridas que un moratón en la mejilla y un hilo de sangre que manaba de su labio partido. Lo llevaron hacia el despacho del director, pasando directamente por delante de mí.

Manson saludó primero a Vincent con la cabeza y ambos intercambiaron unas palabras en silencio. Luego, sus ojos se posaron en mí y sus labios se separaron para esbozar una amplia sonrisa ensangrentada.

Era una sonrisa salvaje, la sonrisa de una bestia. Feroz, temeraria y, por fin, victoriosa.